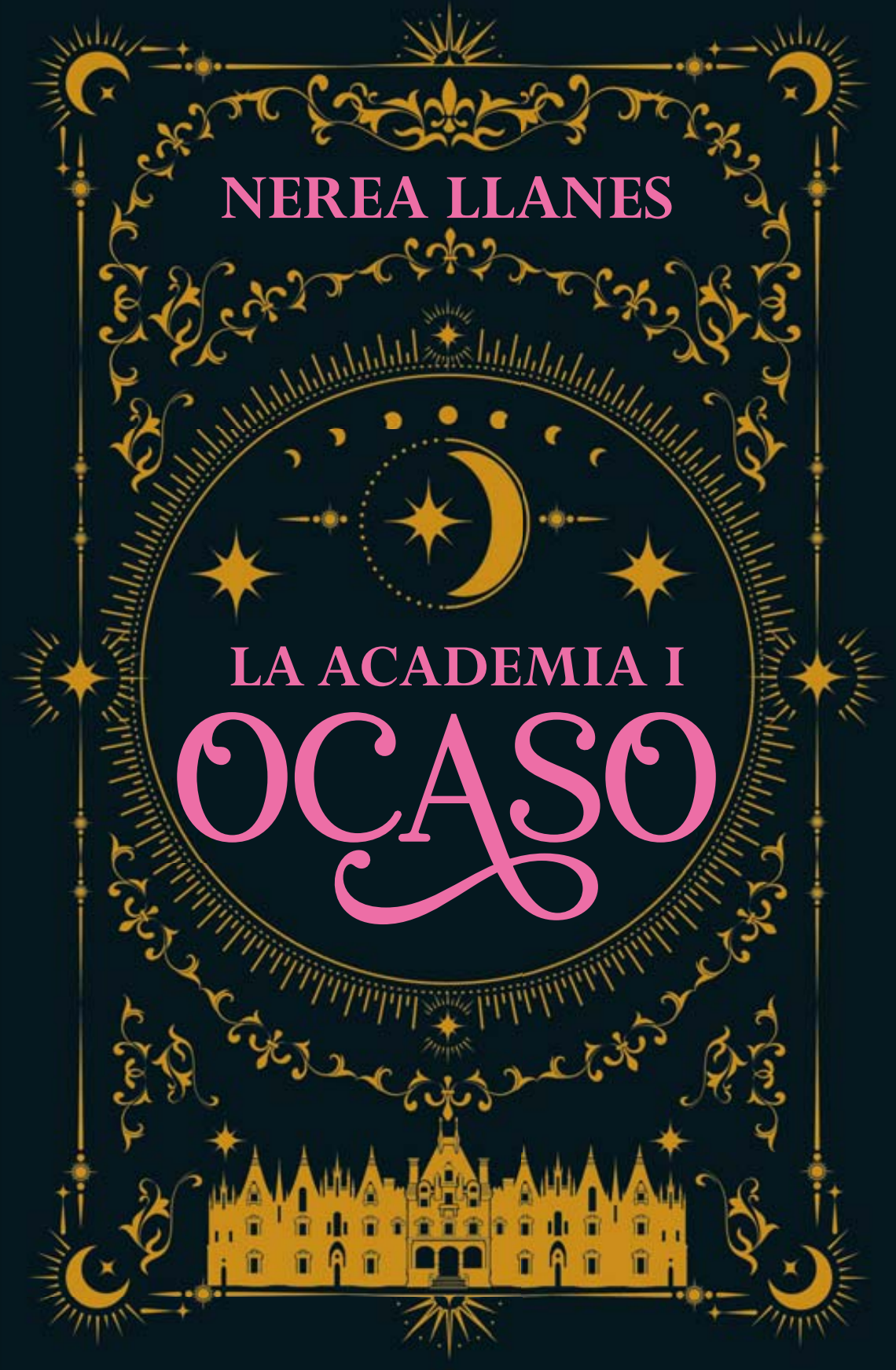


The entire cover is framed by a highly ornate, golden-yellow border. This border features a repeating pattern of stylized floral and foliate motifs, interspersed with celestial symbols such as crescent moons and multi-pointed stars. The background within the border is a deep, solid blue.

NEREA LLANES

A large, circular golden-yellow frame is centered on the cover. Inside this circle, there is a crescent moon and several stars of varying sizes and designs, including some with radiating lines. The circle is bordered by a series of fine, parallel lines.

LA ACADEMIA I
OCASO



NEREA LLANES



LA ACADEMIA I
OCASO



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Nerea Llanes, 2024
© del diseño de las guardas: Gonzalo A. Mendiverry
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Poemas del interior:
Pág. 130: © *El spleen de París (pequeños poemas en prosa)*. Baudelaire,
Charles. Alianza Editorial, 2014.

Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-08-29980-6
Depósito legal: B. 1.761-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.



CAPÍTULO 1



Rain miró el paisaje a través de la ventana del tren. Las ciudades habían dado paso a vastos bosques, y estos, a enormes montañas. Ahora bajaban al valle cruzando una espesa extensión de frondosos y gigantescos árboles de un intenso verde. Estaban en el norte.

Se sentía algo nostálgica. Era una especie de tristeza que los viajes en tren siempre le provocaban.

La Academia era algo así como la universidad para las personas con «habilidades especiales», como les gustaba llamarse. Cuando Rain tenía unos cinco años su madre comenzó a notar que no era como las demás niñas de su edad, la llevó a todo tipo de especialistas hasta que un día una mujer se presentó en su casa.

La misteriosa señora se llamaba Rebeca Lane y trabajaba para el Consejo de Sabias, un grupo secreto de mujeres que controlaban todo lo que estaba fuera del espectro de lo normal, es decir, que poseían magia. Sherin Lee, doctora en Historia y arqueóloga, no se habría creído ni una palabra si no hubiese visto las cosas de las que era capaz su hija Rain.

—Cuando nuestro planeta fue creado... Bueno, hubo mucha gente que decidió creer que un dios nos había puesto en

él, que éramos un producto de poderes sobrenaturales. La mayoría no tenían magia, así que a los que la manifestaban se los perseguía, como ya sabrá —explicó Rebeca Lane, haciendo referencia a sus conocimientos de historia—. Por lo que un grupo muy selecto de personas se encargó de mantenerlo en secreto y velar por los «distintos». Este grupo es el Consejo de Sabias, fundado hace siglos por Cordelia Blean, la llamada «bruja original».

La doctora Sherin había mirado a esa mujer con una mezcla de incredulidad, escepticismo e interés. Había oído el nombre de la bruja Cordelia antes, no era más que un cuento, una historia que se les contaba a los niños. Al igual que cuando se hablaba de hadas o dragones.

—Tal vez no me crea —prosiguió—, pero nuestro universo se rige por dos remolinos, uno de orden y otro de caos, y ellos nos transmiten su energía.

Rain recordaba la mirada de la señora Lane, era como si pudiese ver algo en ella que nadie más veía, como si la estuviese observando por dentro.

—Su hija tiene la capacidad de canalizar más de esa energía que alguien corriente y lo mejor que puede hacer por su vida y su seguridad es llevarla a una de nuestras instituciones. En apariencia son colegios privados de élite, pero en realidad enseñamos a los niños a controlar y manejar sus poderes y a protegerse de las miradas curiosas. ¿Sabe si su padre poseía alguna habilidad especial?

La eterna pregunta para la que nunca habían obtenido respuesta. No era normal que una primera generación fuese tan poderosa como Rain, y como su madre era completamente común, la opción era que su padre poseyese algo de magia. Nunca lo sabrían en realidad porque la doctora Lee desconocía quién era.

Cuando su madre estaba en el cuarto año como estudian-

te de doctorado había asistido a un congreso de arqueología junto con otros doctorandos y su tutor. La última noche salieron a tomar unas copas y conoció a su padre en un bar. Acabaron en su habitación de hotel, y cuando ella despertó, él ya se había ido. Ni siquiera recordaba si se habían dicho los nombres. Cuando Sherin Lee se enteró de que estaba embarazada no supo cómo localizarlo.

Rain volvió con sus pensamientos al tren. La ventana se había llenado de vaho y le pasó la mano para ver mejor, afuera caía una ligera llovizna. No se había quitado de la cabeza a aquella mujer desde ese primer encuentro. Se había obsesionado completamente con la historia de las Sabias y con todo lo que tenía que ver con el Mundo Fuera de lo Normal, como ellas lo llamaban.

—Muchos conoceréis historias populares, están en libros y películas, sobre cómo en tiempos pretéritos se perseguía a las mujeres sospechosas de ser brujas. Hace unos siglos que la situación se calmó, pero hemos vivido tiempos muy oscuros. Y es gracias a la institucionalización de nuestro sistema escolar, de la creación de las órdenes y la red de búsqueda de todas las personas con habilidades especiales. Además de nuestro anonimato —les había explicado la directora del colegio.

»El anonimato es esencial para preservar nuestra seguridad y paz. Los colegios ayudan a que todos podáis aprender a desarrollar vuestro potencial de forma segura y guiada. Los mejores, si así lo desean, podrán ir a la Academia y formarse para entrar en las órdenes que velan por la seguridad del Mundo Fuera de lo Normal; es donde los brujos y brujas más capaces ayudan a desarrollar nuestro potencial como sociedad y de allí salen las Sabias que ocupan los siete asientos del Consejo: Gea, Aer, Hydra, Pyr, Aether, Lithos y Psyque.

»Que seamos una comunidad unida, una sociedad, es lo

que nos proporciona fortaleza y hace que no nos sintamos solos y aislados. Además podemos construir nuestras propias vidas y crear nuestras familias. En el pasado ya existía la isla Eurínome, y desde la creación de la Academia Hidden, son dos lugares solamente nuestros.

Desde que había escuchado aquellas palabras había tenido claro que quería aportar su granito de arena como miembro de las órdenes y el Consejo, quería ser capaz de mejorar el Mundo Fuera de lo Normal, investigar sobre los remolinos, su poder y la magia. Dejar un legado.

A Rain siempre le había obsesionado saber y su madre la había educado en la idea de que cuanto más conociese, más lejos llegaría. De que alcanzaría todo lo que deseaba si trabajaba duro para ello.

La doctora Lee era una mujer ambiciosa, algo que a veces se señalaba como negativo.

—Solo porque soy una mujer, Rain —le había insistido—. A mis compañeros de la universidad, «ambicioso» se les dice como un halago. Así que sí, ambiciona cuanto quieras y esfuérzate para conseguirlo.

Y su madre había tenido razón. Más de una vez se había topado con gente que le decía que soñase cosas más sencillas, que no tuviese expectativas tan altas.

«¿Miembro del Consejo?», le decían. Esto siempre iba acompañado de una risa tierna y algo condescendiente. «¿Y por qué no un cargo administrativo? O profesora, ¿son puestos muy buenos y más fáciles de alcanzar?».

Curiosamente a sus amigos nunca les decían que no podrían alcanzar sus objetivos. Pero Rain era testaruda y contaba con el apoyo de su madre, que siempre la había creído capaz de todo lo que se propusiese, así que había conseguido entrar en la Academia, en contra de lo que muchos pensaban.

La emoción le chisporroteaba en las venas. Llevaba años soñando con ese día.

A su lado, Jun tenía los ojos cerrados.

Miró su perfil, tenía una de las caras más simétricas y hermosas que Rain hubiese visto jamás. Los ojos almendrados, la nariz algo chata, la mandíbula marcada y la nuez prominente. Se fijó en que una cadena se escondía bajo su camisa. Le pareció curioso, porque nunca había llevado una antes.

El corazón se le retorció en el pecho. Llevaba colada por él prácticamente desde que lo conocía, pero en los últimos años, conforme su aspecto se había transformado en el de un adulto, cada vez que lo miraba sentía un nudo en el vientre y un cosquilleo en las puntas de los dedos.

Casi ocho años de amor no correspondido. Rain esperaba pacientemente que llegase el día en que él la mirase como algo más que su mejor amiga, que de pronto despertase de ese largo letargo y se diese cuenta de que ella siempre había estado ahí.

Todavía no había ocurrido. Y cada día dolía más.

Pero ese año iba a ser distinto. El instituto había quedado atrás, la Rain que había tardado en dar el estirón más que la mayoría de las chicas de clase o la que había tenido cara de niña hasta el año anterior había crecido.

Así que quizá ese sería el año en que Jun la miraría de forma distinta.

Tinieblas, su gata persa gris, maulló lastimeramente.

—Lo sé. Yo también estoy nerviosa, pero te va a encantar. La torre del Amanecer tiene un montón de escondites y recovecos para que explores. Y la biblioteca... —Rain casi dejó escapar un gemido de placer al recordar aquella sala enorme llena de libros.

Tinieblas ronroneó.

Rain se sintió observada y se calló de golpe. Jun había

girado la cabeza y la estaba mirando con una pequeña sonrisa casi oculta.

—No te preocupes, Rainy. Eres estupenda, a pesar de ser una empollona, así que no te pongas nerviosa —rio él.



La Academia se erigía imponente sobre una colina. La lluvia caía como una suave cortina sobre el paisaje. Rain se bajó del tren y observó los alrededores de Hidden. La ciudad se encontraba entre las enormes montañas del norte de Eos, delimitada por un gigantesco y espectacular bosque esmeralda. Un lugar perfecto para no atraer la atención de curiosos, donde podían actuar con libertad y no tener que esconderse. Una de las ciudades controladas por las Sabias y donde se asentaban la mayoría de los que pertenecían al Mundo Fuera de lo Normal.

Alguien chocó con ella, se había quedado parada en mitad del andén con la boca abierta.

Tinieblas maulló enfurruñada.

—No puedo abrirte todavía, si lo hago te llenarás las patas de barro —le susurró a través de la puerta.

La gata la miró con sus enormes ojos amarillos enfadada.

—¡Eh, Rainy! ¿Vienes? —la llamó Jun.

Ella tiró de la maleta y lo siguió. Aquella era la última parada de la línea, pero ese día la estación estaba llena de adolescentes. Podía distinguirse fácilmente a los que iban a primero, como ellos, de los que eran veteranos, que se movían con confianza y seguridad.

La Academia era el único lugar que preparaba a los futuros miembros de las órdenes, así que venían chicos y chicas de todas las partes del mundo. Era como una universidad muy exclusiva para los comunes. Pasar los exámenes de

prueba era muy difícil y solo un número muy reducido conseguía entrar.

Las órdenes eran la élite del Mundo Fuera de lo Normal, solo un escalón por debajo del Consejo de Sabias. Manejaban tanto asuntos políticos como de seguridad. Se encargaban de controlar el Eclipse y de hacer cumplir el mandato del Consejo entre otras cosas.

Jun, con sus hombros anchos y su más de metro ochenta, destacaba en la multitud. Llevaba una bolsa enorme de deporte colgada en un hombro, una maleta igual de pesada y una de las bolsas de Rain.

—¿Qué llevas aquí, un cadáver? —preguntó resoplando.

Rain se sopló el flequillo acalorada, a pesar de que aquel 21 de septiembre hacía frío.

—Tenía que traerme mis libros, no podía dejarlos en casa.

—Rain, te das cuenta de que este sitio tiene una biblioteca enorme, ¿verdad?

Habían visitado la Academia en primavera después de ser admitidos junto con Aiden, él no los había acompañado en su largo viaje en tren desde Céfiro, la capital de Eos. Había volado hasta la ciudad más cercana y había hecho el resto del trayecto en taxi. Seguramente estaría ya en la Academia.

—Sí, y por eso solo me he traído los más importantes. No volveremos a casa hasta las vacaciones de Yule, ¿y si los necesito antes?

La estación estaba a mitad de camino entre Hidden y la Academia, y para llegar tenían que bordear parte del bosque y subir la colina.

Jun y ella se conocían desde los diez años, cuando habían entrado al mismo colegio para niños con habilidades especiales. Unos años más tarde, en el instituto, se hicieron amigos de Aiden. Desde entonces habían sido inseparables.

Juntos habían decidido presentarse al examen para entrar

en la Academia y tener un futuro en la Orden del Amanecer. En realidad, Jun siempre lo había tenido claro, sus padres formaban parte de la orden, y era lo que se esperaba de él.

Aiden, por otro lado..., quería elegir su propio camino. Su padre esperaba que él continuase al frente de la empresa familiar porque era su único hijo. Pero a Aiden nunca le había interesado el trabajo de su padre y había acabado desafiándolo.

Tanto Jun como Aiden provenían de largos linajes en el Mundo Fuera de lo Normal.

La Academia era un enorme castillo con múltiples torres puntiagudas y escarpadas que acariciaban el cielo. Luces flotantes la iluminaban proyectando extrañas sombras sobre la estructura. Arriba, en las puntas, gárgolas de distintas formas se cernían sobre las cornisas como si estuviesen a punto de lanzarse al vacío.

Era imponente, bello y a la vez, de algún modo, espeluznante.

Cruzaron una gigantesca puerta doble enrejada en la que podía leerse «La Academia». El camino hasta la entrada estaba abovedado por arcos puntiagudos y delimitado por grandes árboles de hojas oscuras.

Rain sentía el flequillo pegado a la frente a causa de la humedad y el sudor. No quería pensar en el aspecto desastroso que debía tener el resto de su pelo, seguro que se le había encrespado.

Jun, sin embargo, estaba genial, fresco, impecable... Debió de sentir los ojos marrones de ella observándolo porque le dirigió una mirada.

—Te odio —masculló Rain, casi jadeando, y él soltó una risa armoniosa.

Cuando reía se le arrugaba ligeramente la nariz, gesto que a ella le encantaba. Jun tenía un lunar justo en la punta,

era muy pequeño, pero a Rain le fascinaba. Cuando eran niños lo pulsaba como si fuese un botón para molestarlo.

—¿Qué pasa, Rainy, no te gusta la lluvia? —preguntó Jun, burlándose.

«Qué ingenioso», pensó ella. Solo era la vez número un millón que le hacían un juego de palabras con su nombre y la lluvia.

—¿Por qué tienes tan buen aspecto? ¿Repeles la humedad o algo así?

—Qué puedo decir, estoy hecho de un material especial. Rain puso los ojos en blanco.

Él le revolió el pelo con la mano que tenía libre y ella se apartó malhumorada. No pudo evitar que el calor le subiese a las mejillas y que el corazón le latiese de forma errática.

—Estás genial, Rain —dijo él, mirándola con sus ojos oscuros como la noche.

Odiaba cuando Jun hacía eso, lo odiaba tanto como le encantaba. Algo lleno de espinas se le enredaba en el corazón y la dejaba sin respiración. Ella trastabilló, nerviosa, y él siguió caminando como si aquella frase, como si esas palabras no le provocasen nada.

Rain se quedó mirando su espalda unos segundos, suspiró y siguió adelante.



El vestíbulo era impresionante. A pesar de que Rain ya había estado allí una vez, la vista no dejaba de robarle el aliento. La mente, en sus recuerdos, no es capaz de recrear la belleza en toda su magnitud, siempre se desdibuja.

El techo era más alto de lo que alcanzaba la vista y todo estaba iluminado por las luces flotantes que daban un toque dorado a los muros de piedra grisácea y marrón. Tapices y alfombras otorgaban un aspecto cálido y acogedor a la sala.

Aiden estaba sentado sobre su maleta con la barbilla apoyada en la mano y aspecto aburrido. Se irguió como una ardilla en cuanto los vio. Se subió las gafas cuadradas por el puente de la nariz y se encaminó hacia ellos.

Tenía el pelo rubio oscuro, castaño si era invierno; los ojos, entre el marrón y el verde; la cara, salpicada de pecas, y una postura algo desgarbada. No era demasiado alto ni de complexión atlética. Y era la persona más insociable que Rain hubiese conocido jamás, algo por lo que lo amaba. A veces pensaba que era su alma gemela.

Los brazos enclenques de Aiden tiraron de su maleta baúl de marca con fuerza, pero acabó tropezando y chocando con el pecho de alguien.

El vestíbulo se quedó en silencio.

El chico rubio le dirigió una mirada fría y afilada. Rain solo alcanzó a ver su perfil desde su posición. Tenía la nariz recta, los pómulos angulosos y una expresión altiva. Llevaba el pelo peinado con la raya a un lado y echado hacia atrás en una onda perfecta, casi parecía que le hubiesen dado vida a una estatua de mármol. Llevaba una camisa oscura que resaltaba sus amplios hombros y unos pantalones de vestir también oscuros.

Agarró a Aiden por el hombro y lo empujó sin miramientos apartándolo. Seguidamente se llevó la mano al pecho y se sacudió la camisa como si lo hubiese manchado.

—Pero ¿de qué va ese imbécil? —masculló Jun, dirigiéndose enfurecido hacia él.

—Mira por dónde vas —dijo el chico rubio con desdén.

Rain se colocó al lado de Aiden y le lanzó una mirada furiosa al idiota maleducado.

Al lado del metro noventa que debía de medir el rubio, Rain no imponía en absoluto. Él, si hubiese querido, hubiera

podido apartarla de un manotazo, pero aun así la mirada de ella se mantuvo firme.

Los ojos grises del rubio la recorrieron y, a continuación, torció la boca despectivamente, como si ella le pareciese insignificante. La pasó por alto sin prestarle atención hasta posar los ojos en Jun. Arqueó una ceja y soltó una pequeña risa entre los dientes. Todo en él resultaba arrogante. Su expresión altiva parecía ocultar algo oscuro, quizá porque sus ojos estaban apagados como si no contuviesen ni una pizca de humanidad.

—Por supuesto —le pareció que decía el rubio para sí mismo.

Rain se estremeció.

El chico siguió mirando a Jun un par de segundos más a través de sus pestañas al mismo tiempo que su boca se torcía en una expresión de fría diversión. Y se marchó tranquilamente.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Rain a Jun.

Pero él no la oyó, estaba enfocado en el chico rubio. Rain nunca había visto a su mejor amigo mirar así a nadie.